

¡Vive lo que crees!

Dr. Justo L. González



El Discípulo 3.3 (12 de 13)

Santiago 2.14-26

16 de febrero de 2014

TEXTO ÁUREO

«Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta».

—Santiago 2.26

JESÚS Y EL REINO DE DIOS

Vive lo que crees

RVR

VP

Santiago 2.14-26

14 Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarlo?

15 Y si un hermano o una hermana están desnudos y tienen necesidad del mantenimiento de cada día,

16 y alguno de vosotros les dice: «Id en paz, calentaos y saciaos», pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?

17 Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta.

18 Pero alguno dirá: «Tú tienes fe y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras y yo te mostraré mi fe por mis obras».

19 Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan.

Santiago 2.14-26

14 Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe, si sus hechos no lo demuestran? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe?

15 Supongamos que a un hermano o a una hermana les falta la ropa y la comida necesarias para el día;

16 si uno de ustedes les dice: “Que les vaya bien; abríguense y coman todo lo que quieran”, pero no les da lo que su cuerpo necesita, ¿de qué les sirve?

17 Así pasa con la fe: por sí sola, es decir, si no se demuestra con hechos, es una cosa muerta.

18 Uno podrá decir: “Tú tienes fe, y yo tengo hechos. Muéstrame tu fe sin hechos; yo, en cambio, te mostraré mi fe con mis hechos.”

19 Tú crees que hay un solo Dios, y en esto haces bien; pero

20 ¿Pero quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras está muerta?

21 ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?

22 ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras y que la fe se perfeccionó por las obras?

23 Y se cumplió la Escritura que dice: «Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia», y fue llamado amigo de Dios.

24 Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras y no solamente por la fe.

25 Asimismo, Rahab, la ramera, ¿no fue acaso justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?

26 Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta.

los demonios también lo creen, y tiemblan de miedo.

20 No seas tonto, y reconoce que si la fe que uno tiene no va acompañada de hechos, es una fe inútil.

21 Dios aceptó como justo a Abraham, nuestro antepasado, por lo que él hizo cuando ofreció en sacrificio a su hijo Isaac.

22 Y puedes ver que, en el caso de Abraham, su fe se demostró con hechos, y que por sus hechos llegó a ser perfecta su fe.

23 Así se cumplió la Escritura que dice: “Abraham creyó a Dios, y por eso Dios lo aceptó como justo.” Y Abraham fue llamado amigo de Dios.

24 Ya ven ustedes, pues, que Dios declara justo al hombre también por sus hechos, y no solamente por su fe.

25 Lo mismo pasó con Rahab, la prostituta; Dios la aceptó como justa por sus hechos, porque dio alojamiento a los mensajeros y los ayudó a salir por otro camino.

26 En resumen: así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe está muerta si no va acompañada de hechos.

Introducción

Llegamos a la tercera lección sobre Santiago, en la cual estudiaremos lo que muchos intérpretes consideran es el centro de toda la carta. La gran preocupación de Santiago parece ser el modo en que algunos de sus presuntos lectores entienden la enseñanza paulina acerca de la justificación por la fe. Evidentemente, entre algunos de ellos había una tendencia hacia el libertinaje, sobre la base de que Dios nos justifica por la fe y que por tanto las obras —lo que se haga o deje de hacer— no son cuestión que deba preocuparnos. Las dos lecciones anteriores trataron acerca de ejemplos concretos en los cuales es importante que haya una relación indisoluble entre la fe y las obras.

En la primera lección de la unidad, tratamos acerca de la relación entre el oír y el hacer u obedecer la Palabra. Como consecuencia de ello, vimos la necesidad de que no solamente nuestras palabras, sino nuestras acciones, se conformen a la «palabra implantada» —es decir, la palabra de Dios en el corazón creyente. En la segunda, vimos cómo esa concordancia entre el oír y el hacer ha de manifestarse en las relaciones sociales —particularmente sin hacer acepción de personas. En la tercera, Santiago llega al fundamento teológico de todo lo que dice: que ni la fe sin obras es verdadera fe ni las obras sin fe son genuinas buenas obras. Más adelante, la semana entrante, Santiago volverá sobre lo práctico —en este caso el uso del habla.

Cuando hoy escribimos una carta o predicamos un sermón, lo más común es colocar lo más importante al principio o al fin. En la antigüedad se seguía otro orden, colocándolo al medio de la carta, el tratado o el discurso —algo así como la carne en el centro de una hamburguesa. Lo que hoy estudiamos, que se encuentra al centro de la epístola, es el centro de su mensaje.

Santiago 2.14-26

v. 14: *hermanos*: Véase lo que se dijo en la lección 23. De hecho, en cada uno de los pasajes que estudiamos en esta unidad Santiago se dirige a estos «hermanos» entre quienes se cuentan las hermanas: 1.19; 2.1, 14; 3.1.

aprovechará: No está claro si esto se refiere al provecho que tal persona pueda sacar de decir que tiene fe, pero no tener obras o si se refiere más bien al poco provecho que reciben tanto la comunidad de fe como los planes de Dios. La supuesta fe sin obras no es de provecho ni para el supuesto creyente ni para los demás.

¿Podrá la fe salvarlo?: Aquí «la fe» se refiere a la clase de fe que Santiago acaba de describir en el versículo anterior. Tal fe, que consiste en el reclamo vano de creer algo, carece de poder. Si no lleva a las buenas obras que el creyente ha de hacer, mucho menos llevará a la salvación que es obra de Dios.

vv. 15-16: *Y si un hermano o hermana... ¿de qué aprovecha?*: De igual manera que la palabra «aprovechará» puede interpretarse de dos modos complementarios, estos dos versículos pueden interpretarse de dos maneras. Ambos son verdad y cada uno nos ayuda a entender el otro. El primero y más obvio es que la actitud que Santiago describe no le sirve de mucho a la persona necesitada. Esa persona tiene hambre y frío y nos contentamos con decirle que vaya y busque comida y abrigo —con lo cual sigue tan hambrienta y desnuda como antes. El segundo es que tampoco le sirve de mucho a quien da el consejo. He aquí que esa persona tiene la oportunidad de poner en obra su fe y en lugar de hacerlo se contenta con unas palabras vanas.

Hay todavía otras dimensiones más profundas en lo que dice Santiago. Si pienso que yo soy la persona necesitada y que al presentarle a Dios mi necesidad Éste sencillamente me responde que

vaya y me las arregle, ese no es el Dios de la fe cristiana. Si Dios fuera como el creyente que Santiago describe, al pedirle la salvación sencillamente nos daría un buen consejo —algo así como «ve en paz, calientate y sáciate»— y eso nos dejaría sin esperanza alguna de salvación.

v. 17: *está completamente muerta*: En griego no hay, como en español, dos verbos diferentes para «ser» y «estar». Esto

PROPÓSITO

Ver la relación estrecha entre la fe y las obras, de tal modo que ni la fe ni las obras son genuinas a falta de la otra. Ayudarnos a reflexionar sobre los énfasis de nuestra propia vida cristiana para asegurarnos de que practicamos una fe genuina, que se manifiesta en obras y que llevamos a cabo unas obras verdaderamente cristianas, fundamentadas en la fe.

quiere decir que estas palabras —que aparecen otra vez en el v. 20— pueden traducirse como «está muerta» o como «es muerta». En el primer caso se da a entender que la fe, que era cosa viva, ha muerto —como cuando decimos que Napoleón está muerto. En el segundo se da a entender que tal fe nunca fue cosa viva —como cuando decimos que mientras un caballo es cosa viva una piedra es cosa muerta. En cualquiera de los dos casos resulta claro que sin obras la fe, muere si en realidad estuvo viva o no siquiera llega a vivir.

v. 18: *Pero alguno dirá...*: Santiago está usando la forma retórica antigua que se conoce como «diatriba». En la diatriba, a fin de aclarar un punto, se introduce un personaje imaginario que dialoga con el autor. Aquí, el personaje que Santiago introduce. Puesto que en el griego antiguo no había comillas, es imposible saber dónde terminan las palabras del presunto interlocutor y dónde Santiago empieza a responderle. En la versión Reina Valera se da a entender que todo el versículo 18 son palabras del interlocutor. Podemos cerrar las comillas después de la primera oración, en cuyo caso Santiago está refutando a quien propone que bien puede haber dos clases de creyentes, unos con fe y otros con obras. A tal persona, Santiago responde: *Muéstrame tu fe sin tus obras y yo te mostraré mi fe por mis obras*.

v. 19: *Tú crees que Dios... También los demonios creen*: Aquí y hasta el fin del pasaje, Santiago refuta a su presunto interlocutor. Lo hace mediante tres argumentos. El primero de ellos aparece en los versículos 19 y 20. Santiago dice sencillamente que no basta con creer en Dios —ni siquiera en creer en el Dios único de las Escrituras. Los demonios tienen esa clase de «fe» y *tiemblan* —es decir, que su supuesta fe, su creencia correcta, no les trae paz ni salvación. En su caso, su «fe», es decir, su creencia correcta, «está muerta» —no les sirve de nada.

vv. 21-24: Los otros dos argumentos son historias tomadas de las Escrituras de Israel. El primero de ellos es Abraham —ejemplo contundente, por cuanto Abraham era considerado el padre de todos los creyentes. La historia de Abraham y su acción de casi sacrificar a Isaac se encuentra en Génesis 22.1-18, y ha inspirado muchas discusiones y mucho arte. En pocas palabras, tras larga

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN

- I. La relación entre este pasaje y el resto de la epístola.
- II. Lo que hace que una fe sea genuina.
 - A. Es correcta.
 - B. Es obediente.
- III. Fe y obras; justificación y santificación.
- IV. Evaluación de nuestras prácticas y énfasis.

espera Dios le ha dado a Abraham el hijo de la promesa, Isaac, a través de quien Abraham tendrá gran descendencia. Ahora Dios le manda a Abraham que sacrifique a Isaac y éste se muestra dispuesto a obedecer. Lo que Santiago está diciendo es que Abraham pudo haber tenido mucha fe. Esa fe se puso a prueba y resultó real cuando Dios le pidió la dolorosa «obra» de sacrificar a Isaac. Si la fe de Abraham no se hubiera confirmado en la obediencia hubiera sido fe «muerta».

Esto no quiere decir que Abraham se justificara únicamente por las obras y por tanto, Santiago dice que «Abraham *creyó* a Dios y le fue contado por justicia». En otras palabras, que la gran obra de Abraham contó a su favor, no por la obra misma, sino porque era confirmación de su fe.

v. 25: *Asimismo, Rahab, la ramera...*: Este segundo ejemplo es el tercer argumento con el cual Santiago responde a su supuesto interlocutor del v. 18. Sobre la historia de Rahab, véase lo que se dice en el «vocabulario bíblico». Lo que Santiago quiere decir está bien claro: aunque Rahab actuó porque creyó en la victoria del Dios de Israel, esa fe se confirmó y resultó ser verdadera cuando la llevó a correr el riesgo de tomar el partido de los espías.

v. 26: *el cuerpo sin espíritu está muerto*: Para entender esto hay que recordar que para los hebreos ni el cuerpo sin espíritu ni el espíritu sin cuerpo eran un verdadero ser humano. Santiago no está diciendo que una cosa —las obras— sea superior a la otra —la fe, sino más bien que ninguna de las dos por sí sola es lo que debería ser.

Aplicación

En cierto modo, lo que Santiago dice aquí es paralelo a lo que vimos antes —y volveremos a ver la semana entrante— acerca de la Palabra. En la lección de hace dos semanas, vimos a Santiago insistiendo en la necesidad de que las acciones concuerden con las palabras y que ambas concuerden con la «palabra implantada» en el corazón del creyente —que es la palabra de Dios. Ahora Santiago dice algo parecido respecto a la necesidad de que la fe que se declara concuerde con las obras dignas de tal fe. Creer, así sin más, es cosa relativamente fácil: ¡Hasta los demonios creen en Dios de esa manera! De igual manera que las palabras y las acciones son dos caras de una misma moneda, la fe genuina y las buenas obras son dos caras de una sola moneda.

Nótese que nos estamos refiriendo a una «fe genuina». Lo que determina que una fe sea genuina son dos elementos igualmente importantes: Uno de ellos es que sea una fe correcta, una fe que sostenga la verdad. La idolatría, por muy sincera que sea, no es fe genuina, porque es fe en dioses falsos. Según Santiago, hasta los

demonios tienen fe verdadera en ese sentido. Es por eso que dice que los demonios creen que Dios es uno (Stg 2.19). Tal fe no les lleva a obedecer a Dios y le falta el segundo elemento absolutamente necesario, que es la obediencia. La fe genuina no solo cree en el Dios verdadero, sino que le obedece y busca actuar según sus mandamientos y sus designios. Una vez más, es preciso recordar lo que vimos al estudiar la parábola de Lázaro y el rico, que la fe y la obediencia van mano a mano y que es imposible tener la una sin practicar la otra.

Eso se debe a que la fe es más que creencia. La fe es confianza. Si le preguntamos a un niño: «¿Crees en tu papá?», lo que le estamos preguntando no es si cree que el papá existe. Lo que le estamos preguntando es más bien si confía en su papá. Si confía y el papá le dice que se tire al agua, se tira, sabiendo que el papá le sostendrá. Si no se atreve a lanzarse al agua, es porque no confía en lo que el papá le promete.

Creer en Dios no es creer que Dios existe. Es eso, ciertamente; pero es mucho más. Es confiar en el amor y los propósitos de ese Dios. Por eso los antiguos credos no dicen «Creo *que* Dios es Padre Todopoderoso», sino que dicen más bien «creo *en*

VOCABULARIO BÍBLICO

«**RAHAB**»: La historia de esta mujer puede leerse en Josué 2.1-21. Tiene lugar a comienzos de la conquista de la Tierra Prometida por parte de Israel. Rahab era vecina de Jericó, la gran ciudad amurallada que les cerraba el paso a los israelitas. Cuando Josué mandó dos espías para explorar la situación dentro de la ciudad, fue Rahab quien los escondió y los ayudó a escapar. Como cananea, Rahab no sería seguidora del Dios de Israel. Sin que se nos diga por qué, decidió echar su suerte con ese Dios y ello llevó a que tanto ella como su familia se salvaran cuando la ciudad cayó en manos de los israelitas. Bien puede decirse que Rahab fue salvada por su fe —por su fe en un Dios de quien apenas habría oído. Eso es lo que dice Hebreos 11.17. Puede decirse, como lo hace Santiago, que Rahab fue «justificada por las obras». En la misma acción vemos la fe y las obras.

RECOMENDACIONES EDUCATIVAS

Entre las recomendaciones educativas que pueden servir de guía en el desarrollo y análisis de la presente lección, están las siguientes:

- Invite a la clase a repasar en su mente lo que se predica en su iglesia, lo que se enseña en la Escuela Bíblica y lo que saben en cuanto al modo en que sus hermanas y hermanos en la iglesia entienden del evangelio. Pídales que, repasando himnos, sermones, clases, conversaciones, etc., les den a cada una de las dos aseveraciones que siguen un número entre el 1 y el 10. El 10 quiere decir que esto es ciertamente lo que se dice y piensa en su iglesia mientras el 1 quiere decir que tal cosa no se escucha jamás en su iglesia. Pídales que ajusten los dos números de tal modo que entre los dos sumen 10. (Por ejemplo, si la primera aseveración lleva un 7, la segunda deberá llevar 3 y si la primera lleva un 2, la segunda ha de llevar un 8).

- Primera aseveración: En mi iglesia el énfasis recae sobre la salvación por la fe. Se nos dice que todo lo que tenemos que hacer es creer. Los sermones son de evangelización, invitando a los no creyentes a creer, de ese modo serán salvos. Mientras se predica, oramos por los no conversos que estén escuchando el sermón, para que se conviertan y su fe les salve.

- Segunda aseveración: En mi iglesia el énfasis recae sobre lo que debemos hacer como creyentes. Constantemente se nos predica y enseña acerca de las cosas que debemos hacer y las que debemos evitar a fin de ser salvos. En los sermones se habla más de santificación —de llevar vidas puras, de obedecer los mandatos de Dios— que sobre la justificación o sobre la salvación.

- Considere: Según su opinión, ¿cuáles números serían mejores? ¿Sería mejor que la primera aseveración llevara un 10 o un 9 y la segunda un 0 o un uno? ¿O sería mejor lo contrario, que el énfasis recayera sobre la segunda aseveración? ¿O, por otra parte, sería lo ideal que cada una de las dos aseveraciones tuviera un 5?

- Concluya la clase con la oración provista.

Dios Padre Todopoderoso». Creer *que* Dios es de una manera o de otra puede ser cierto, pero no pasa del nivel de fe del niño que cree que su papá existe y quizá que se llama Juan. Creer en Dios es confiar en Él, fundamentar toda la vida en Él y de ser necesario tomar acciones parecidas a las del niño que se lanza al agua porque confía en su papá. Esto se ve en los dos ejemplos que Santiago nos ofrece: el de Abraham y el de Rahab. Cuando Dios le mandó a Abraham que sacrificara a Isaac, Abraham se aprestó a obedecer porque confiaba en la promesa que Dios le había hecho. Cuando Rahab decidió tomar el partido de los israelitas y ayudar a los espías, lo hizo porque confiaba en que el Dios de los israelitas vencería sobre los ejércitos de Jericó.

Traigamos todo esto a la vida de hoy. Hoy hay creyentes que parecen pensar que, puesto que la justificación es por fe, todo lo que debemos hacer es tener fe e invitar a otras personas a tenerla. Cuando esa es la actitud de la mayoría, esto resulta en iglesias que se ocupan mucho del «evangelismo», pero poco del crecimiento en la vida

cristiana. Cuando más enfatizamos un crecimiento puramente espiritual, llamando a las personas a tener una vida devocional más profunda o a tener experiencias extraordinarias de la presencia de Dios —milagros, éxtasis, visiones, etc. Todo eso no está mal en sí mismo. Si tiene lugar a costa de olvidarnos de las «obras» —del cuidado hacia el prójimo necesitado, de visitar a los enfermos y a los solitarios, de llevar una vida digna y pura, de no hablar mal del prójimo— entonces no se trata de la fe a que se refiere Santiago.

Hay el polo opuesto. Iglesias en las cuales se enfatiza tanto la necesidad de las buenas obras y de la buena conducta que tal pareciera que son los creyentes quienes se salvan a sí mismos mediante su conducta, su vida moral y todas sus otras buenas obras. Ninguna de estas obras está mal en sí misma, pero si tienen lugar a costa de imaginarnos que nuestra salvación está al alcance de nuestras obras y de no confiar en Dios —y únicamente en Dios— para nuestra salvación, tampoco se trata de la fe a que se refiere Santiago.

Las palabras que tradicionalmente se usan para referirse a cada uno de estos dos elementos de la vida de fe son «justificación» y «santificación». La justificación es la acción de Dios, quien en un acto de misericordia infinita, nos declara justos, nos perdona y se olvida de nuestras injusticias y nuestros pecados. Acerca de tal justificación, el testimonio bíblico es que se trata de una acción por parte de Dios, sin mérito alguno por parte nuestra. Eso es lo que queremos decir al hablar de la «justificación por la fe».

Dios no nos justifica para que sigamos siendo quienes éramos antes. La verdadera justificación implica un proceso de santificación —un proceso en el cual, con la ayuda de Dios, nos vamos ajustando cada vez más a la voluntad de Dios, nos vamos volviendo la persona y la comunidad que Dios quiere que seamos.

Una justificación que no involucra un proceso de santificación no es la justificación por la fe a la cual se refiere la Biblia. Una santificación que no se basa en la justificación gratuita y amorosa por parte de Dios, tampoco es la santificación a que se refiere la Biblia.

Todo esto es otro modo de decir lo que Santiago dice y remacha en el pasaje que estudiamos: que una fe que no resulta en obras no es verdadera fe y que las obras genuinamente buenas son las que surgen de la fe.

En nuestra experiencia en la iglesia y en la vida que surge de esa experiencia, ¿se subraya más la justificación o la santificación? Si la justificación, ¿qué perdemos con eso? Si la santificación, ¿qué perdemos? ¿Cómo podemos asegurarnos de que estas dos realidades se presenten siempre como dos caras de la misma moneda?

Resumen

- Frecuentemente las iglesias y sus fieles nos inclinamos demasiado hacia uno de los dos polos que Santiago quiere mantener en equilibrio: la fe y las obras, la justificación y la santificación.

- Cuando subrayamos solamente lo primero, corremos el peligro de proclamar y creer una fe vana, que no nos lleva más allá del mero acto de decir que creemos —o, como decimos a veces, de «aceptar a Jesucristo». Se nos dice poco acerca de la necesidad de que ese aceptar a Jesucristo se traduzca en acciones concordes con la voluntad de Dios —acciones como las que Santiago recomendó en la lección pasada, de visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones.

- Cuando subrayamos lo segundo olvidándonos de lo primero —de que nuestra salvación es toda don de Dios— corremos el riesgo de caer en lo que comúnmente se llama «santurronería». Esta es una actitud en la cual actuamos como si fuera nuestra supuesta pureza —o nuestras obras de devoción, de apoyo a la iglesia y de servicio social— lo que nos gana el beneplácito divino. Tal religión pronto se vuelve cuestión de juzgar a otras personas que no parecen hacer tantas obras como nosotros.

- La verdadera fe —la fe que justifica— es también la fe que santifica. La fe sin obras es muerta. Las obras sin fe son vanas.

Oración

Gracias, Dios nuestro, porque en tu infinito amor nos has dado una salvación que jamás mereceríamos. Gracias por la fe, que es don tuyo y solo tuyo. Ayúdanos a traducir y manifestar esa fe en obras de amor a Tí y al prójimo, de modo que nuestra fe no sea muerta ni nuestras obras vanas. En el nombre de Cristo oramos, Amén.

LECTURAS DEVOCIONALES PARA LA PRÓXIMA SEMANA

Lunes

Génesis 22.1-18

Miércoles

Romanos 1.16-17

Viernes

Romanos 5.1-11

Martes

Josué 2.1-21

Jueves

Romanos 4.1-8

SábadoHebreos 11.1-2, 8-12,
17-19